

Empuñando triunfalmente el cetro, como un emperador romano, conducía un humilde arriero dos soberbios corceles, de aquellos cuyas orejas miden palmo y medio. El uno, cargado de esponjas, iba tan ligero como la posta; el otro, a paso de buey: su carga era de sal. Anda que andarás, por sendas y vericuetos, llegaron al vado de un río, y se vieron en gran apuro. El arriero, que pasaba todos los días aquel vado, montó en el asno de las esponjas, arreando delante al otro animal. Era este antojadizo, y yendo de aquí para allá, cayó en un hoyo, volvió a levantarse, tropezó de nuevo, y tanta agua tomó, que la sal fue disolviéndose, y pronto sintió el lomo aliviado de todo cargamento.

Su compinche, el de las esponjas, quiso seguir su ejemplo, como asno de reata; se zambulló en el río, y se empaparon de agua todos: el Asno, el arriero y las esponjas. Estas hiciéronse tan pesadas, que no pudo ganar la orilla la pobre cabalgadura. El mísero arriero abrazábase a su cuello, esperando la muerte.

Por fortuna, acudió en su auxilio no sé quién; pero lo ocurrido basta para comprender que no conviene a todos obrar de la misma manera. Y esa es la conclusión de la fábula.